

Reproducción

Número 84. — Tomo V.

10 de Agosto de 1922.

Director:

Elías Jiménez Rojas

San José de Costa Rica

Apartado 230

Administración: BOTICA LA DOLOROSA

Imprenta Crejos^o Hnos.

Apartado R R

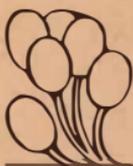
Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



Trejos Hnos.

Participaciones
de matrimonio

Invitaciones

Libros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques & Recibos

Calonarios

Libros en blanco

Tarjetas

Menús, etc., etc.



Cumplimiento
en la entrega
de trabajos.

REPRODUCCION

No. 84 * 10 de Agosto de 1922 * Tomo V.

Director, ELIAS JIMENEZ ROJAS

San José, Costa Rica — Apartado No. 230

Flaquezas Humanas

por Fred. C. Kelly

El autor pone de relieve algunas pequeñas y cómicas flaquezas humanas, de que a todos nos corresponde una parte, y que constituyen, por decirlo así, el aspecto infantil que conserva siempre la gente mayor.—LA REDACCION.

La mayor parte de nosotros, en el deseo de aparecer más importantes de lo que somos, nos inclinamos inconscientemente a alguna especie de afectación o simulación. Casi todas las profesiones u ocupaciones tienen su clase peculiar de afectación. Los cantores y cornetas, por ejemplo, hacen a menudo muecas innecesarias, con el objeto de que su ejecución parezca más difícil. Los pianistas de profesión hacen mil floreos superfluos con las manos. Los médicos garrapatean recetas llenas de extraños símbolos, aun cuando se trate de los remedios más

simples. Si un médico desea que su paciente tome un polvo de sal, sabe muy bien que el enfermo no se sentiría satisfecho de pagar un alto precio por receta tan sencilla, y por consiguiente hace uso de signos quirománticos que representan cloruro de sodio, disponiendo que su cliente haga preparar la receta en alguna botica abierta toda la noche, donde el empleado le cobra setenta centavos o un dólar. La transacción entera reviste tal misterio y gravedad como si la receta fuera alguna panacea celestial, conocida únicamente por el médico y, a todo evento, por un par de monarcas. Ningún médico dirá de buena gana los ingredientes que contiene el frasco de medicina que ha recetado, y trata por el contrario de hacer percibir la idea: «No lo comprendería usted aunque se lo dijera».

Va úno a buscar al médico por un caso de urticaria, y el galeno se muestra tan grave que el paciente se pregunta si llegará a salir con bien del paso. Luégo, transcurrida una semana o algo así, cuando la enfermedad ha seguido su curso natural y el pa-

ciente ha recobrado la salud, se siente como si hubiera dado un gran escape y debiera al médico mucho dinero y mucha gratitud.

Los abogados hacen con las frases latinas y largos circunloquios lo mismo que los médicos con sus misteriosos símbolos. Un hombre desea transferir alguna de sus propiedades. La manera natural de expresar esta idea en la escritura sería decir sencillamente: «Vendo a Fulano tal propiedad». Nada más debía ser necesario por vía de información preliminar. Pero cuando el abogado redacta la escritura de venta, comienza más o menos como sigue:

John Smith de Geraniumville, Hicks County, Ohio, el día 29 de febrero del año de gracia de 1916, a la sazón presente en el lugar citado, en consideración a la suma de un dólar de plata acuñada, pagado con propias manos y a entera satisfacción por cierto William Jones, segundo contratante, en el momento o antes de sellar y entregar el presente documento, y por el cual se reconoce debidamente recibo en esta escritura, *e pluribus unum in tres divisa est*, el subscripto, esto es, John Smith en persona, por el presente instrumento, negocia, traspasa, vende, otorga, dona y entrega, transfiere, cede y confirma en posesión legal de los

bienes al susodicho William Jones, aquí presente en el acto que le hace propietario en virtud de mutuo convenio y valuación, *quo warranto, de bonis non, ne plus ultra*, sentado por duplicado, y llevando la fecha del inmediato día previo al día de la fecha de este contrato, que firma por sí y sus herederos, sin lugar a reclamo de error o dolo, *quid y quo; ad infinitum*, aserrín, aserrán, los maderos de San Juan, por los siglos de los siglos. Amén.

Cuando un cliente concluye la lectura de algunas páginas por el estilo, está dispuesto a conceder que su abogado debe ser persona de considerable importancia.

Los ministros del evangelio pecan también a veces por afectación, aun en los momentos en que llevan la voz en las oraciones. He oído rezar a algunos ministros con una especie de afectada negligencia destinada a mostrar cierta familiaridad afable, intimidad más estrecha, con la divinidad.

Los empresarios de pompas fúnebres llevan la afectación hasta el punto de aparecer todavía más solemnes de lo que se sienten.

Los escritores no están libres por cierto de este vicio de la afectación.

A casi todo autor agrada emplear de vez en cuando una palabrita poco conocida, siquiera para dar la impresión de que tiene almacenadas muchas frasecillas por el estilo, como una fuerza de reserva lista para desempeñar deberes especiales siempre que él juzgue conveniente dar la voz de mando.

Quienquiera o lo que quiera que seamos, es lo más probable que aparezca en nosotros traza definida de la cabecilla de alfiler.

Una de las cosas que contribuyen a hacer la vida insoportable es la costumbre que tienen los barberos de tomar posiciones detrás de las sillas, manteniéndose como una especie de lacayos en alerta cuando un parroquiano entra en la peluquería. Apenas se traspasa el umbral del barberil estudio, cinco o seis individuos de chaqueta blanca se precipitan a su puesto con ímpetu semejante al de los caballos del departamento de bomberos, ostentando cada cual en el rostro la expresión de: «Yo me afo por complacer». Todos exhiben el ansia de debutantes por ser elegidos. En tales momentos me siento tan indeciso como un mor-

món. ¿Cómo puede úno seleccionar entre tantos alertos barberillos? Todos son extraños. No tiene úno simpatía particular por ninguno de ellos, puesto que nada conoce de su habilidad respectiva ni de su encanto personal. Generalmente mientras me despojo del cuello y la corbata, trato de dar la impresión de que mi mente está enfrascada en una serie de graves problemas que nadie puede dilucidar. Esa es mi afectación. En seguida me arrojo rápidamente sobre la silla más próxima, envuelto todavía en mi atmósfera de abstracción, como si no tuviera la más remota idea de que existe más de un peluquero en la barbería. Los demás se escurren furtivamente a su sitio a lo largo de la pared, algunos para coger su periódico y leer la página de deportes; otros, para mirar distraídamente en torno. Luégo tratan de tomar el aspecto de quien estuviera habituado y endurecido contra tales desdenes, pero a mí se me ocurre que oponen simplemente un rostro firme al destino, procurando ahogar los sollozos de su humillación. Me imagino a cada uno de los rechazados interpretando a su

modo ante su mujer y sus chicos, al volver a casa en la noche, el motivo que me impulsara a elegir otro barbero; y me parece oír cómo la esposa del barbero lo consuela discretamente: «¡Vamos, vamos, Jim, eso no vale la pena! Quizá te elegiré a tí la próxima vez». ¡Ah! ¡Cuánto desearía que se instituyera algún plan mediante el cual fuera posible elegir su mozo de barbería sacando números de un sombrero! Esto haría la vida mejor y más placentera.

Casi la principal cualidad que se busca en un perro es aquella que se denomina «exclusivismo.» El hombre quiere que su perro no siga a nadie sino a su amo. La especialidad de poseer un perro que sólo lo siga a uno, halaga la vanidad. Y el mismo rasgo de la naturaleza humana, que nos hace desear perros «exclusivistas» impulsa a la gente a perseguir el ingreso en un club «exclusivo.» Mientras más exclusivo es un club o una sociedad, y más difícil es su acceso, más dispuesto se está a pagar por el derecho de contarse entre sus miembros.

Podría casi establecerse como regla que los enlaces que siguen a una petición oficial de matrimonio son monótonos o infelices. El matrimonio más posible de realizarse es aquel que jamás estuvo precedido de petición oficial. Cuando un hombre conoce lo bastante a una mujer para querer casarse con ella, debe conocerla lo bastante para saber con plena certeza que ella está dispuesta a casarse con él. Debe conocerla demasiado bien para que haya necesidad de petición oficial. Sin que haya mediado entre ellos propuesta positiva de matrimonio, ambos saben muy bien que deben considerarse mutuamente como prometidos. Una propuesta oficial indicaría que el hombre carece de ingenio. Y el hombre que carece de ingenio carece asimismo del sentido de proporción. De igual modo, la mujer que no se ríe del hombre de quien recibe una petición formal de matrimonio, está lamentablemente desprovista de espíritu festivo. ¿Qué puede esperarse de un matrimonio entre gente de esta clase?

El mismo motivo que impulsa a

un muchacho a jactarse con sus compañeros de lo malo que ha sido en la escuela, incita al hombre a levantarse en una asamblea de renovamiento del espíritu religioso y vanagloriarse de sus pecados. Muchos de nosotros creemos que es elegante y hábil el ser malvado.

Uno de los más afortunados pedantes que he conocido era cierto joven que hizo creer a todos los comensales de la casa de huéspedes en que vivía que era extremadamente culto y poseía extensa educación, tan sólo porque fué capaz de contar hasta diez en francés.

El hombre notablemente hábil para ordenar los platos de un menú es gordo por lo general.

Los peritos en eficiencia, interesados en descubrir los movimientos inútiles, encontrarían tema de profundas observaciones en el estudio del perro corriente.

Ningún muchacho admite jamás que ha perdido en el juego de bolas, ni hombre o mujer alguna admite jamás que ha pagado derechos completos en la aduana.

(De *Inter-América*).

De tal palo, tal astilla.

Los Impuestos y los Fraudes del Pueblo

Un artículo de Gajiel
que puede aplicarse a Costa Rica

En Francia se está dando un curioso fenómeno. No hay manera de acrecentar la natalidad del país. Se han probado todos los medios indirectos: exhortaciones patrióticas, primas de recompensa, amenazas, discursos, conferencias, reglamentos y leyes. Han sido fundados innumerables comités y subcomités, ligas, asociaciones, negociados públicos y cofradías privadas. La Academia de Medicina, el Instituto de Francia, el Gobierno, la prensa, se ocupan continuamente en tan magno problema. Es inútil: la cifra de población sigue estacionaria. Y si algo ha logrado demostrarse con tanta inquietud, es que los medios indirectos son incapaces de dar más hijos a Francia.

Cuando en España oímos hablar de nuevas, radicales y salvadoras disposiciones encaminadas a suprimir la defraudación pública, a evitar que el Estado sea víctima de la mala fe del contribuyente, a obligar a todos los ciudadanos a que den al César lo que es del César, nos parece escuchar uno de esos hermosos discursos que los franceses pronuncian en favor del aumento de su natalidad.

Es cierto que la defraudación alcanza, en España, proporciones asombrosas y caracteres crónicos. Entre los muchos instintos innatos que los españoles poseemos, el de defraudar al Estado es uno de los más notorios y eminentes. Desorientar al fisco, burlarle, reírse y hasta mofarse de él, es para nosotros, uno de los más elementales deberes de ciudadanía, un hábito ingénito, una astucia remotísima, algo que nos fué inoculado y enseñado mucho antes que el abecedario. Y no sólo lo tenemos por una virtud, sino que lo contrario parece un vicio, o

algo peor todavía, una candidez imperdonable y casi vergonzosa.

Pero ese instinto es tan hondo, tan tradicional, y es tan arraigado en todas las clases de la sociedad española, que el querer destruirlo por medio de disposiciones legales es tan pueril como el querer aumentar la población de Francia por medio de pláticas persuasivas. El pueblo, la inmensa masa nacional, refractaria y astuta, hallará siempre en los textos administrativos innumerables descosidos por donde escapar a sus mallas, por muy bien urdidas que estén. Las burlará, las deformará, las corromperá o corromperá a los encargados de atenderlas, tan instintivamente refractarios como el pueblo a sujetarse a ellas; y a la postre, la ley saldrá vencida y la defraudación triunfante.

El único procedimiento para combatirla, no es legal, es moral. Y así como los franceses no lograrán ser más numerosos hasta el día en que se convenzan de que deben crecer y multiplicarse, del mismo modo habrá defraudación en España hasta que los españoles nos convenzamos de que debe cesar.

¿Cómo infundir este convencimiento?
Vamos al fondo del problema.

¿Acaso los españoles somos una categoría singular de hombres, una rara especie de maleantes innatos, en el orden público, que defraudamos al Estado por puro gusto nuestro, en virtud de una inclinación irresistible e insuperable como la de las urracas? Yo creo que no: yo creo que la defraudación española es un producto del medio en que vivimos, un accidente crónico, si se quiere, pero circunstancial. La prueba está en que un español decente, transportado a Inglaterra, por ejemplo, ya no defrauda más, y en cambio un inglés intachable transportado a España, en seguida siente la rara comezón de ponerse a defraudar a diestra y siniestra, como si no hubiese hecho otra cosa en su vida. La defraudación española, es, pues, una anarquía privada o particular, que sólo puede explicarse como reflejo de una superior anarquía colectiva y pública.

EL ESPAÑOL DEFRAUDA AL ESTADO PORQUE SE SIENTE DEFRAUDADO POR ÉL. El Estado es el espejo; el español la imagen. El español paga al Estado una serie de impuestos para obtener, a cambio de ellos, instrucción pública, justicia, comunicaciones, seguridad respecto al exterior, buena administración en el interior, satisfacción de sus necesidades ciudadanas, orden, libertad, protección suprema; en una palabra: gobierno. Si el contribuyente español hallase tales compensaciones en su esfuerzo, éste le parecería lógico y en manera alguna intentaría sustraerse a él. Esto es lo que le ocurre al contribuyente inglés, alemán o francés e incluso al español que reside en cualquiera de las naciones bien administradas.

Pero como en lugar de las satisfacciones merecidas, el contribuyente se encuentra, una vez pagados los impuestos, con que en España la instrucción pública es deplorable, la justicia deficiente y las comunicaciones pésimas; con que la seguridad está siempre pendiente de un hilo, la administración hecha un caos, la li-

bertad un mito, el orden un lío y el gobierno una ficción lamentable,—es natural que los tributos satisfechos le parezcan absurdos, puesto que de nada sirven, y que por lo tanto haga todo lo posible para evitarlos. Y entonces procura defraudar al Estado, por la sencilla razón de que el Estado lo defrauda a él. Los ingleses, los alemanes, los franceses, en un caso semejante, harían exactamente lo mismo.

El ejemplo moralizador debe empezar desde arriba. Si el Gobierno pudiese sostenerse largo tiempo; si a este sucediese, luégo, otro mejor todavía; si los Ministros fuesen todos hombres capaces, conocedores de su especialidad, y se mantuvieran cuatro, seis, ocho, diez años en sus respectivos departamentos, organizando e impulsando concienzudamente los servicios, dentro de dos lustros no habría ni un solo hombre normal que fuese defraudador en España, por la simple razón de que tampoco habría un español defraudado. Pero si hemos de volver a las locuras de antes, a las ambiciones personales, a las zancadillas políticas, a los Gobiernos eternamente

interinos, a los Ministros incapaces, a las juergas públicas irresponsables y a la descomposición interior, todas las leyes serán impotentes para obligarnos a tener moralidad contributiva,—del mismo modo que todos los reglamentos del mundo no bastarán para obligar a los franceses a tener más hijos.

GAZIEL

De *La Nación*.

Miscelánea

(Casi todas las notas siguientes han sido publicadas en otro lugar y hace algunos años).

La revista *Je sais tout* ha hecho la siguiente pregunta: ¿Cuál es la fuerza más grande del mundo?

Véanse algunas respuestas:

Deschanel: el buen sentido.

Willette (pintor): el orgullo.... desgraciadamente,

Lucien Descaves: la imbecilidad humana.

Doctor Roux: la imbecilidad humana, para los que saben servirse de ella.

De la Fouchardière: el miedo.

Clement Vautel: el dinero.

V. Margueritte: el trabajo.

Los hermanos Fischer: la fuerza de inercia.

M^{me} Rachilde: la consciencia.

Laullier: la voluntad.

M^{me} Yvonne Sarcey: el amor!

*

La misma terrible INTENSIDAD del último conflicto europeo fué consecuencia de su largo período de incubación y nos confirma en la creencia de que las guerras se harán cada vez más raras.

Es el edificio que logra levantarse muy alto, pero que se derrumba al fin en virtud de una *lenta acumulación de pequeños errores* de arquitectura. Es el edificio cuyo terrible derrumbamiento mismo denota un progreso, frente a otras construcciones que cayeran sin mayor estrépito antes de alcanzar la vara y media.

*

Fisiológicamente, la mujer en conjunto, no es ni superior ni inferior al hombre.

Si se considera el sistema nervioso

(cerebro, etc.), es imposible decir de cuál lado está la ventaja. Hay que convenir en que, a este respecto, el hombre y la mujer se equivalen, aunque no sean iguales.

Si se considera el sistema muscular, la ventaja orgánica es de los hombres.

Si se considera el sistema de nutrición, la superioridad corresponde a la mujer.

Los maestros nacen, no se hacen. Unas veces nacen machos; otras, hembras.

La pedagogía no puede crear aptitudes; pero puede despertar, desarrollar y perfeccionar las aptitudes naturales.

Por regla general, no creemos en la bondad de los maestros jóvenes; pero conocemos muy buenos maestros jóvenes.—En principio, y atendiendo a todo, el maestro tiene que ser *mayor* en edad, en saber y en gobierno, como dice el catecismo.

Una consideración particular: ninguna carrera que sepamos, exige más *entusiasmo* que la de maestro. Y el entusiasmo sostenido (o, para decirlo en latín, la *alta inspiración*) rara vez se observa en la juventud.

Otra consideración particular: en el ejercicio de su profesión, nadie está más expuesto que el maestro a caer en la *pedantería*. Y si es cierto que la pedantería se afianza con la edad en los tontos, también es cierto que la experiencia de la vida es el mejor correctivo de la pedantería en los inteligentes.

Tomando en cuenta únicamente a los maestros en sazón, pasados de 40 años, las capacidades docentes de las mujeres son comúnmente mejores que las respectivas de los hombres. Probablemente es esto una consecuencia de la diversidad que se establece entre la actividad sexual de los hombres y la de las mujeres.

Una mujer alentada y normal, que sale ya de la juventud y entra en la *edad de posible segura castidad*, es una

mujer que de veras puede hacer papel de *madre* frente a los que no son sus hijos.—El hombre, fuéa del propio hogar, a ninguna edad puede hacer papel verdadero de padre.

—

Si la escuela se propone simplemente *instruir* ante todo y sobre todo, no hay por qué inquietarse acerca del sexo del maestro: ante todo y sobre todo, éste ha de ser inteligente, hábil e instruido.—Esta escuela limita con buen juicio su problema y puede, por lo tanto, llegar a resolverlo con relativa facilidad.

*

¿Cómo concebir que un hombre en cabal juicio consienta en tener un hijo con una mujer que desprecia?

*

Los dos polos de nuestro organismo son: el cerebro y la glándula sexual. Esta glándula—que llamamos «de reproducción»—es órgano de conservación de la especie. El cerebro—que es por excelencia órgano de con-

servación del individuo—es a su vez órgano de reproducción mental.

Quien dice, pues, *reproducción*, dice *conservación*. Pero conservación no significa estancamiento. Lo significaría si los organismos no pudieran *adquirir caracteres y transmitirlos*. La herencia de los caracteres adquiridos es la condición primordial de la evolución.

*

Lavoisier, el fundador de la química del Siglo XIX, y Lamarck, el más grande de los evolucionistas, nacieron con pocos meses de intervalo (años 1743-1744) y coincidieron en sus intentos colosales, aunque con muy desigual fortuna, como desigual fué el campo de sus actividades. Lavoisier murió joven, víctima de la Revolución, pero habiendo visto triunfar sus ideas: quedando establecido desde entonces que nada se crea ni se destruye en el juego de las acciones químicas y que las causas de los fenómenos que ocurren en los cuerpos brutos residen en estos mismos cuerpos y no en espíritus inmateriales. Lamarck murió viejo, desconocido y despreciado, y ha

transcurrido un siglo entero sin que sus doctrinas hayan llegado a generalizarse. Lamarck inauguró el sistema transformista y formuló los dos principios capitales de la evolución de los seres, sin preocuparse mucho de los fenómenos secundarios en cuya consideración se extravió después gloriosamente el darwinismo. Estos dos principios son: el del desarrollo de los órganos por el *ejercicio y la costumbre* y el de la *trasmisión hereditaria de los caracteres adquiridos por ambos progenitores* a la vez.

Los naturalistas antilamarckianos (y desgraciadamente para Costa Rica en el número están casi todos sus profesores oficiales) descuidan en su argumentación superficial esta condición de *bilateralidad* tan genialmente entendida por Lamarck. Otras veces, con mayor superficialidad, si cabe, aplican a la herencia normal o *progresiva* las observaciones hechas acerca de la transmisión de los *estigmas de degeneración*, sin parar mientes en que esta transmisión es justamente lo contrario de la transmisión de un carácter de familia. Dichos estigmas alejan del tipo

normal al descendiente, pero sólo mientras dura la influencia perturbadora que ha motivado la desviación. Tal influencia es generalmente la de un envenenamiento de las células sexuales, que se desarrollan en un medio anormal. Por esto se parecen tanto las degeneraciones «heredadas» y las degeneraciones precoces, adquiridas en los primeros meses o años de vida. El alcoholismo de un niño, por ejemplo, provoca vicios de desarrollo análogos a los debidos al alcoholismo de los padres.

*

Es vano todo intento únicamente encaminado a imposibilitar el mal: lo importante y eficaz es la posibilidad del bien.

*

La higiene, por ahora, sólo puede dar preceptos aislados. No se le pidan códigos completos acerca de ninguna cosa. De ahí el peligro de las reglamentaciones oficiales (de construcciones, etc.) dictadas en nombre de la higiene.

*

Pasan los años, pasan los siglos, y puede úno todavía redecir con Montaigne:

Ved mi escolar que vuelve del colegio; nada tan duro como ponerle en condiciones de aprovechar sus estudios, porque el único aumento que se nota en él es que vuelve más tonto y presuntuoso que cuando salió de casa.

*

«Lo que llamamos *determinismo* de un fenómeno—dice Claudio Bernard—no es otra cosa que la causa próxima, es decir, la circunstancia que determina la aparición del fenómeno y constituye su condición o una de sus condiciones de existencia. Determinismo tiene un significado completamente diferente del de la palabra *fatalismo*. El fatalismo supone la manifestación necesaria de un fenómeno, independientemente de sus condiciones, mientras que el determinismo no es más que la condición necesaria de un fenómeno, cuya manifestación no es

forzosa. El fatalismo es por lo tanto anticientífico, lo mismo que el indeterminismo». Más adelante, el autor que acabamos de citar combate con vehemencia a Bichat, que sostenía que la ciencia de los cuerpos dotados de vida no está sujeta al cálculo y la previsión. «No—dice—: toda ciencia digna de este nombre es aquella que, conociendo las leyes precisas de los fenómenos, los anuncia de una manera segura y se enseorea de ellos cuando los tiene a su alcance. Todo lo que no revista este carácter no es más que empirismo o ignorancia, porque no hay semiciencias ni puede haberlas... Las causas primeras se nos escapan en todas partes, no podemos llegar más que a las causas inmediatas. Pues bien; las causas inmediatas, que no son más que las condiciones de los fenómenos, son susceptibles de un determinismo tan riguroso en las ciencias de los cuerpos vivos como en las ciencias de los cuerpos brutos».

*

Está Edmundo de AMICIS en un asilo infantil, entre un torbellino de

chiquillos rosados y alegres de vivir, y exclama: ¡Oh benditos niños, sembradores eternos de la esperanza! Podemos creer que un día seréis atormentados también por las tristes pasiones que nos atormentan y manchados por nuestros mismos vicios y culpas; pero cuando nos detenemos ante vuestras frentes, no veladas por ninguna sombra, y vuestros ojos, en que no brilla ni un pensamiento que debáis ocultar, y vuestra boca, de la cual no ha salido todavía una palabra de odio, la ilusión de que seréis mejores que nosotros renace irresistiblemente en nuestro ánimo, y esta ilusión querida y esta esperanza santa, renaciendo en todo padre con cada nuevo hijo y en la humanidad con cada nueva generación, es lo que más fuertemente ayuda a vivir e impide el volverse peor.

*

Es posible ser hombre de ciencia y ser supersticioso a la vez. Todavía más: el ejercicio de ciertas profesiones científicas inclina a la superstición. El médico, v. gr., se halla incesantemente

forzado a resolver problemas de extrema dificultad y en cuya resolución no puede, hoy por hoy, entrar la ciencia sino por $\frac{1}{3}$ o $\frac{1}{4}$. Los otros $\frac{2}{3}$ o $\frac{3}{4}$ son obra de intuición o adivinación o poesía, como quieran ustedes decir. Es, por tanto, naturalísimo que el médico prácticamente acabe por confundir los dominios de la fantasía y de la realidad. ¿Quién desconoce el papel de muchos médicos, excelentes por lo demás, entre la comparsa de ciertos teatros y de ciertos parajes de romería?

*

Yo no entiendo tal vez lo que quieren decir con la expresión ESCUELA COSTARRICENSE. Conforme pasan los años, me voy apegando a la idea de que una escuela buena de verdad, puede muy bien ser trasplantada de Londres a San José o viceversa. Cada día—¡será la presbicia!—veo menos pormenores, y en todas partes me parece UNO el hombre, UNO el escenario, UNO el problema.

*

En manos de los niños, no admito yo más libros que los de *muñecos* y

los de cuentos; pero muñecos y cuentos verosímiles, imágenes ciertas de la naturaleza y de la vida, sin deformidades y sin alucinaciones. Goethe, a principios del siglo XIX, ¿llegó en el mundo del pensamiento a la altura de Montaigne en el siglo XVI? En lo que se podría llamar la detención del genio de Goethe, ¿qué papel hicieron aquellas lecturas de la infancia, «de personajes y de acontecimientos prodigiosos»?

En manos de los adolescentes, alumnos de los años superiores de nuestros colegios, consiento toda clase de obras en que se reflejen claramente la belleza o la verdad. Pero no se me hable ni de compendios hechos por terceros ni de profundas memorias científicas escritas para especialistas. Los más grandes sabios del día—Archibaldo Geikie, por ejemplo—se toman el cuidado de redactar personalmente los resúmenes escolares de sus grandes obras. Son estos resúmenes los únicos que debieran ser permitidos en los establecimientos de segunda enseñanza.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

